



Viktor Mikhailovich Glushkov prueba una de sus terminales remotas ante un grupo de colaboradores. EL MUNDO

...pero los occidentales se aprovecharon. En 1970, el ingeniero Viktor Glushkov presentó al Kremlin un plan para conectar 20.000 terminales en toda la URSS. Las trabas burocráticas retrasaron su idea y la caída del Muro la frustró por completo

CYBERTONIA: CUANDO LA URSS 'INVENTÓ' INTERNET...

POR JORGE
BENÍTEZ MADRID

Esta historia podría ser un bulo de los amantes de la teorías conspiranoicas, un informe desclasificado por Vladimir Putin del antiguo KGB o un relato de Stanislaw Lem, el gran escritor polaco de ciencia ficción. Sin embargo, es el sueño -100% real- de un genio informático llamado Viktor Glushkov que consistió en crear una red civil que interconectara toda la Unión Soviética a principios de los años 70... y todo esto dos décadas antes del nacimiento de la World Wide Web.

Sin embargo, hoy nadie se acuerda del *padrastro* de internet y el visionario de Cybertonia, el Silicon Valley comunista.

Todo arranca el 1 de octubre de 1970, cuando el ingeniero informático Glushkov acudió al Kremlin para explicar su gran proyecto. Por aquel entonces, existía una gran inquietud entre las autoridades soviéticas porque sabían que los estadounidenses acababan de iniciar el desarrollo de Arpanet, una red de computadoras creada por encargo del Departamento de Defensa que actuaría

como sistema de comunicación entre instituciones académicas y estatales.

En su comparecencia, Viktor Mikhailovich Glushkov (1923-1982) propuso iniciar la era del *cibersocialismo*. Este matemático, ingeniero y primer director del Centro Cibernético de Kiev, era plenamente consciente del potencial de las redes de ordenadores y lo que podían llegar a hacer. «No sólo tenía una gran formación científica, también hablaba inglés y alemán y era capaz de ridiculizar a los ideólogos del partido citando párrafos enteros de Marx», explica Benjamin Peters, investigador de la Universidad de Tulsa (EEUU), uno de los mayores expertos en Occidente de la figura de Glushkov y autor de *Cómo no conectar una nación: la incómoda historia del internet soviético* (2016).

La URSS ya tenía redes de comunicación de defensa militar a gran escala desde los años 50. Por lo tanto podía haber desarrollado una versión civil con relativa facilidad. «Los soviéticos se especializaron en proyectos de modernización en masa, desde la desastrosa colectivización agrícola

hasta la electrificación de todo su territorio, pasando por la carrera espacial y la apuesta por la energía nuclear», dice Peters.

Este *internet 1.0* estaba basado en una iniciativa previa de Anatoly Kitov, pionero de la informática rusa, un coronel que en 1959 quiso presentar un plan al líder soviético, Nikita Krushev, para unir el país con una red informática. Algunos de sus informes exponían la urgencia de una colaboración entre profesionales civiles y el Ejército Rojo y fueron interceptados por sus superiores antes de que llegaran al despacho del *premier*. Toda la documentación se clasificó y un tribunal militar secreto expulsó a Kitov del Partido Comunista y de las Fuerzas Armadas.

La idea de Glushkov era todavía más ambiciosa. Bajo las siglas OGAS, su objetivo era erigir una red central con sede en Moscú que se comunicaría con 200 centros dispersos por todo el país. Un total de 20.000 terminales harían posible la conexión gracias a la red telefónica estatal. Entre los planes de Glushkov también estaba diseñar un sistema de pago electrónico, una especie de *PayPal socialista* cuyo desarrollo terminaría con la circulación de billetes y

monedas. El nombre completo de todo el conjunto parecía el típico chiste sobre comunistas: Sistema Automatizado para la Recopilación y el Procesamiento de Información para la Contabilidad, la Planificación y la Gobernanza de la Economía Nacional.

El rechazo del Gobierno a financiar un proyecto de este calibre no desanimó al matemático. Durante 12 años, Viktor Glushkov lo siguió intentando. Su principal argumento ante las autoridades es que esta red generaría una economía más eficiente. Dedicó más tiempo a pelearse con los ministerios que a investigar, lo que le generó una gran frustración. Tanta que tituló sus

**DISEÑÓ UN SISTEMA
DE PAGO ELECTRÓNICO,
UNA ESPECIE DE 'PAYPAL
SOCIALISTA', PARA ACABAR
CON EL DINERO EN METÁLICO**

memorias *A pesar de las autoridades.*

Quizá el logro más grande de Glushkov fue aglutinar una comunidad de informáticos de gran nivel e imaginación que se

permitió el lujo de pensar más allá de las mentes cuadradas del funcionario común. Entre sus diseños mancomunados estaban unos autómatas, una oficina que no necesitaba papel y los primeros pasos de un lenguaje que permitiera comunicar seres humanos con ordenadores. Sólo cabe imaginar lo que habría ocurrido si Stanley Kubrick hubiera conocido a Glushkov cuando rodaba en 1968 su película *2001: una odisea en el espacio*.

UN CLUB SOCIAL

Según cuenta Peters, en la celebración del Año Nuevo de 1960 el grupo se bautizó con el nombre Cybertonia, un club social que llegó a emitir pasaportes de este país virtual y certificados matrimoniales. Incluso se redactó una constitución. También se atrevieron a idear un organigrama de gobierno, que era una clara coña respecto a su realidad política.

Cybertonia estaba regida por un comité de robots que rendía cuentas a un robot que tocaba el saxofón. Su moneda era el *cybertono*; su periódico, el *Evening Cyber* y, entre otras cosas, también tendría una peluquería y una cibersauna.

En realidad, recogía el sueño de montar a las afueras de Kiev una copia marxista de un Silicon Valley que ya daba sus primeros pasos. Un lugar dedicado a la creatividad tecnológica.

La muerte temprana de Glushkov, en 1982, fue el fin del embrión del internet soviético, a pesar de intentos posteriores de sus seguidores iniciados durante la década. Todos fueron interrumpidos

con la caída del Muro de Berlín en 1989... justo el año en que el británico Tim Berners-Lee desarrollaba la World Wide Web y cambió internet para siempre.

Una visitante
pasa frente a
las 'Mujeres
de Venecia'.

EFE



Materia del tiempo de Richard Serra con una de las *Figurinas* diminutas del suizo, estableciendo un diálogo desde el balcón de la segunda planta del que también cuelgan las instalaciones de la portuguesa Joana Vasconcellos. Pura inmersión artística.

Su espíritu inconformista y, por consecuencia atormentado, dará con la consagración de Giacometti como artista de talla histórica una vez se olvida de sus ataduras y compejos espaciales. El artista, ya a finales de la década de los años 50, es capaz de firmar obras como las finas *Mujeres de Venecia* y de configurar otras menos intimistas como su *Desnudo de pie sobre un pedestal cúbico*, en el que hace un estudio de la anatomía femenina, una de sus fijaciones.

Como si de una carrera contra su propia sombra se tratase, la relación de Giacometti con su obra alcanzará su clímax en 1960, cerca ya de su desaparición. En su célebre *Hombre que camina*, el escultor dibuja un espectro alargado que adelanta sus pasos en un bronce tan grave que parece ser carbón. La idea original, eso sí, partía de una figura femenina. Esto se puede apreciar en el extraño pecho de la figura y en los «ensayos» de la que intuía que podía ser su obra maestra, a modo de grabados y pinturas recargadas, que también forman parte de la retrospectiva.

Cuarenta años antes, Giacometti dejó escrito: «Estoy muy interesado en el arte, pero estoy instintivamente e infinitamente más interesado en la verdad». Sartre, que le dedicó su *Búsqueda de lo absoluto*, dijo de él que era el único artista capaz de captar la realidad «sin verla a través de un espejo». La verdad, los reflejos y la brillantez del escultor que materializaba la penumbra se podrán disfrutar en Bilbao hasta febrero del año que viene.

Superada esa segunda etapa artística, la producción del helvético evolucionó por la propia delimitación del espacio y, paradójicamente, por sus relaciones familiares: tanto su hermano como su esposa, Rita Gueyfier, comenzarán a posar para él sin prevendas, permitiéndole perfeccionar su técnica y manifestarla en obras tan reconocibles como sus numerosas cabezas en pedestal, que ya adelantan una reducción considerable de las escalas. Según Joos, «Giacometti luchaba constantemente contra su tiempo y su contexto, pero resulta obvia la disminución del tamaño de sus obras después de la Segunda Guerra Mundial».

El Guggenheim se sirve de sus propias arquitectura y colección para enfrentar la magna

Agustín Fernández Mallo. El escritor publica su 'Teoría general de la basura', un ensayo sobre los residuos culturales que sin querer nos dejaron los otros

“LA BIBLIA ES LA PRIMERA OBRA POP DE LA HISTORIA”

POR JORGE BENÍTEZ MADRID

Nada nace de la nada. Agustín Fernández Mallo (AFM) es un físico/escritor que ha estudiado con precisión entomológica el producto artístico. Cómo funciona su alimentación, su aparato excretor... Una disección lírica de su complejidad. En un viaje, cuya brújula es la metáfora, recorre los puntos ciegos de la tradición cultural que él denomina basura, residuos, *spam*. Es *Teoría general de la basura* (Ed. Galaxia Gutenberg) un ensayo sobre esa transmisión que ha metabolizado el ser humano a lo largo de la Historia.

AFM nos recuerda que no sabemos cómo un romano del siglo I pronunciaba *rosae* (la primera grabación de voz conocida es la de Walt Whitman recitando su poema *América* en 1890) o cómo era la parte blanda de los dinosaurios –sólo nos han llegado sus restos fósiles–, pero eso nos da igual. «El hecho metafórico empieza cuando asumimos la realidad, sin conocerla», explicaba ayer el escritor gallego, unas horas antes de presentar su libro en Madrid.

Para él la Historia es ni más ni menos una ficción consensuada en la que todas las cosas tienen una «línea año cero», el lugar más allá del cual lo



El escritor Agustín Fernández Mallo, ayer, en Madrid. ANTONIO HEREDIA

inventamos todo.

–¿Debemos entonces eliminar ya la palabra *originalidad* en el arte?

–No, hacerlo sería falaz. Eliminamos la posibilidad de que las cosas cambien. El truco está en crear cosas originales a partir de un material o residuos de otros. Nada es, como soñaba el Romanticismo, absolutamente original, ni tampoco nada puede ser copiado de forma exacta como pretendía el pop.

Si la literatura es robo, que lo es, el talento es para quien considera la Biblia como «la primera obra pop de la Historia» algo que consiste en sacar un mundo de un grano de arena. Aprovechar los

despojos de otros porque la excelencia pasada es inalcanzable. Einstein buscó más en las zonas oscuras que dejó Newton que en sus luces, al igual que Goya con Velázquez o Cervantes cuando en *El Quijote* miró en el cubo de basura de las novelas de caballerías.

«La apropiación es una técnica como otra cualquiera. Una cultura sólo puede subsistir si no se contamina de otras culturas, en caso contrario muere de endogamia», dice AFM sobre un fenómeno que a su juicio trasciende la biología.

–¿Cree que los mitos fundacionales de nuestra cultura, el *Éxodo* de

Moisés y la *Odisea* de Ulises, están agotados?

–En parte creo que sí. Moisés funda el relato del exilio y Ulises es el héroe que regresa a casa. Ahora combinamos ambos relatos para llevarlos a un mundo intermedio, nómada, impuro. En nuestro tiempo no nos crearíamos una novela con esos modelos tan marcados.

Esta visión de AFM es justa porque se niega a juzgar el pasado, donde la estética y la ética eran diferentes. «Sería caer en un anacronismo, no entender la Historia». Lo dice quien sabe que de una obra alternativa y valiente como la suya nacen los residuos del mañana.